

J. M. ROA BÁRCENA.

Hay también allá en Méjico un señor D. J. M. Roa Bárcena, que viene á ser así como un vice-Cañete; es decir, un Cañete ultramarino.

Pues se parece á D. Manuel Cañete como un huevo á otro huevo.... siempre que los huevos estén hueros ambos.

En primer lugar, se parece el señor Roa Bárcena á nuestro D. Manuel en que, como éste, ha ejercido alternativamente de poeta y de crítico.

Y luego se parece también en que, como crítico, es bastante malo, y como poeta.... todavía es un poco peor como poeta.

"Como crítico—decía yo del Cañete de acá en los *Ripios Académicos*—como crítico.... si tuviera criterio, ya no le faltaría más que conciencia para ser un crítico aceptable."

Y lo mismo se puede decir del Cañete americano.

Porque de criterio, á la verdad, no anda del todo bien; pero lo que es conciencia no tiene ni pizca.

Por lo menos, así lo da á entender un artículo muy largo, y muy soso, naturalmente, que ha publicado contra mi libro de *Ripios Académicos* el día 7 de Diciembre último en el periódico mejicano *El Heraldo*, en donde poniéndose á enumerar los *caprichos, dislates y errores* míos, dice:

1º El empleo del adjetivo *edecuado* por *adecuado*, del latino *adecuatus* (¡lo que sabe!....)

Sospechando, sin duda, que los lectores no le van á creer, cita su texto correspondiente: "Más *edecuado* consonante es este, etc." *Ripios Académicos*, pág. 249."

Y asentándosele que aun después de leer la cita nadie va á tomar en serio la acusación, porque todo el mundo va á creer que es errata, añade muy grave:

"No es errata, porque repite la voz *en otros pasajes*."

En lo cual el señor Roa Bárcena falta á la verdad como un.... pobre hombre; porque no es en *otros pasajes*, sino en *otro* solamente donde se repite esa voz, claro que por errata, en una segunda tirada del citado libro, hecha en ocasión en que yo me hallaba fuera de Madrid y no pude corregir las

pruebas, pues en la primera edición dice *adecuado* siempre que se emplea este adjetivo.

Pero lo más grave del caso, ó si se quiere lo más gracioso, es que en esa misma segunda tirada no corregida, que se conoce que es la que ha visto el señor Roa Bárcena, y que tiene otras varias erratas, como *implazado* por *emplazado*, *menes* por *menos*, *dudra* por *dudar*, *sobrenatural* por *sobrenatural*, las cuales no apunta el señor Roa Bárcena en la cuenta de mis dislates, por misericordia; en esa misma segunda edición en que se lee *edecuado* en la página 249 y en *otro pasaje*, se lee también, y es de suponer que el señor Roa Bárcena leyera antes, á no ser que empiece á leer los libros por lo último, se lee en la pág. 55, líneas 10 y 11, lo siguiente: "Las imágenes han de ser *adecuadas*." Y en la pág. 84, líneas 8 y 9, se lee: "¡Vaya una imagen natural y *adecuada*!" Y en la pág. 125, línea 25, se lee: "Un título *adecuado*."

Todo esto en el mismo libro y en la misma edición que vió el señor Roa Bárcena.

Con que díganme ustedes, dónde está la conciencia de un crítico que después de haber leído en tres distintas páginas de un libro *adecuadas*, *adecuada* y *adecuado*, porque encuentra luego en el mismo libro dos veces *edecuado*, dice que es un *dislate* del autor y asegura muy formal que NO ES ERRATA.

Nada; que no tiene conciencia.

Y todavía en el número 7º de la cuenta de los *dislates*, dice de mí: "Da gravemente á D. Alejandro Pidal la regla—de su propia cosecha—de que cuando se han puesto en una oración dos sustantivos, si el verbo se ha de referir al primero de ellos hay que expresarlo claramente, pues de no hacerlo así, se referirá siempre el verbo al sustantivo más inmediato."

En lo cual también miente como un . . . académico el señor Roa Bárcena. Porque ni nunca he dado yo al señor Pidal esa regla, ni esa regla es de mi propia cosecha, sino de la del pobre Cañete mejicano.

Lo que yo he dicho censurando un disparate gordo del señor Pidal, es esto:

"Cuando se han puesto en una oración dos sustantivos, si se quiere que un verbo se refiera al primero, hay que decir *aquel*, y si se dice *este* ó *ese*, se refiere siempre al más inmediato." *Ripios Académicos*, pág. 38.

Lo cual no es lo mismo.

Y lo dije porque Pidal había dicho en un discurso: "Yo que no tengo hiel en el corazón, y no por mérito propio, sino porque se me ha negado esa entraña . . ."

Donde, queriendo decir que no tiene hiel, dice que no tiene corazón, por falta de sintaxis. Aparte de la barbaridad fisiológica de suponer que la hiel está en el corazón, cuando está en el hígado.

Pues bueno. ¿Qué conciencia puede tener un crítico que cita en falso y falta á la verdad con la frescura con que lo hace el señor Roa Bárcena? ¿Y qué caso hay que hacer de un crítico tramposo y farandulero que atribuyé á los autores lo que no dicen, llama dislates, etc., á las erratas notorias de imprenta, y trata de engañar á los lectores asegurándoles que no són erratas?

No hay que hacerle caso ninguno.

No hay más que decirle que se vaya á . . . donde se fué el Padre Padilla.¹

Pero si no merece atención el señor Roa Bárcena como crítico, bien merece como poeta un riferafe.

O si no como poeta, porque no lo es, como perpetrador de versos; porque efectivamente los ha perpetrado.

Y yo he descubierto el delito por . . . iba á decir por casualidad, pero no lo digo. Le he descubierto porque tengo, aunque no sea mío el decirlo, mejores narices que la generalidad de los jueces

¹ Porque no me entretuve en refutar uno por uno los siete ú ocho cargos *numerados* que me hacía el señor Roa Bárcena, salieron el *duque Job* y otro pobre hombre llamado Ancona, en dos periódicos de Méjico, cantando victoria y diciendo que de sólo dos cargos había conseguido librarme.

No es eso, pobres diablos, no es eso. No es que no pudiera refutar los otros párrafos numerados del artículo del señor Roa Bárcena, es que no me lo propuse, ni había para qué, pues eran tonterías sin fundamento. Lo que me propuse y lo que hice fué demostrar que el señor Roa Bárcena es un crítico tramposo y farandulero, que cita en falso, y de quien por consiguiente no se puede hacer caso ninguno.

de instrucción, y no cojo el rastro al revés como ellos.

Desde que leí el artículo del señor Roa Bárcena en *El Herald*, se me asentó que el señor Roa Bárcena había escrito versos.

Un crítico tan malo, no podía menos de haberse metido también con la poesía.

No podía menos.

Y ya con esta presunción, es claro . . . ¿Dónde les parece á ustedes que había yo de ir á buscar el cuerpo del delito?

A casa de la gran encubridora de los delitos de esa índole: á las columnas de *La Ilustración Española y Americana*.

Y efectivamente, en el primer tomo que acerté á coger, que fué uno del año de 1880, encontré una cosa que se llama *Las aguas en el Valle de Méjico* y que, terminando con la firma de J. M. Roa Bárcena, empieza así:

“Valle ameno, ciudad de los aztecas . . .”

¿En qué quedamos? ¿Se dirige usted al valle ó á la ciudad? Porque convendría saberlo con tiempo para evitar equivocaciones.

Siga el señor Roa:

“Valle ameno, ciudad de los aztecas,
A que el rayo del sol con amor baja . . .”

¿Bueno! ¿Lo ve usted? Suponiendo que eso de *á que el rayo del sol . . .* no sea una apuesta, aun-

que esa misma forma "á que" es la que se emplea para apostar; suponiendo que la *á* quiera indicar el sitio á donde baja el rayo del sol, con amor ó sin él, que eso es lo mismo, ya no se sabe si baja al valle, ó baja á la ciudad, ó baja á la ciudad y al valle.

¿Quiere usted decir que el valle y la ciudad son una misma cosa?

Corriente, pero llame usted á esa cosa de una sola manera para que no nos confundamos.

Y luego, que baje el rayo del sol *con amor* ó con ripio ó con lo que usted quiera.

Adelante:

"Valle ameno, ciudad de los aztecas,
A que el rayo del sol *con amor* baja,
Que la choza infeliz de lodo y paja
Por ricos templos y palacios truecas...."

¡Porricos!.... ¿Qué mal oído tiene usted, señor Bárcena!

Y ¿quién es el que trueca la choza *porricos* ó por ricos, etc.? ¿Es el valle? ¿Es la ciudad?

Y sea quien quiera, ¿qué significa eso? ¿Cómo puede trocar un valle una choza *por ricos* templos?....

Pero sigamos á ver en qué para:

"Y de mansión de humildes pescadores,
Del lago en lo profundo
Tus cimientos echando,

Bajo *propios* y extraños pobladores
Te fuiste al *propio* impulso levantando,
La primera *hasta ser* del Nuevo Mundo!

"Tus cimientos echando.... bajo *propios*....
al *propio* impulso.... la primera *hasta ser*...."

¡Vaya una poesía!....

Y sigue:

"¿Qué hiciste de las ondas
Que en tu *recinto ayer rizaba* el viento?...."

Y eso ¿á quién se lo pregunta usted?

¿A la ciudad ó al valle?

De todos modos.... "*Recinto ayerrizaba*...."

Insisto en que tiene usted muy mal oído.

Ande usted:

Su dominio usurpaste
Y en *atrevido* prodigioso *engaste*...."

Verdaderamente que es un *engaste* muy *atrevido*, como verá el que siga leyendo.

"Y en *atrevido* prodigioso *engaste*
De *ellas* surgió tu firme pavimento
Y al llano *en tu redor* las arrojaste...."

Vamos, que es *engastar*!

Y arrojar.... *en tu redor*....

"¿No temes que irritadas,
Sin que su enojo aplaquen *largos siglos*...."

Cánovas llama *cortos* á los años. Este llama *largos* á los siglos . . . Todos los malos poetas tienen afinidades.

“¿No temes que irritadas,
Sin que su enojo aplaquen *largos* siglos,
De los excelsos montes *acotadas*,
(¡Vaya un *acotamiento*, camaradas!)
Que á tu *espléndido valle* dan corona . . .”

¡Ah! ¿Con que empieza usted dirigiéndose al valle, sigue usted haciéndonos creer que siempre que dice *tú* se refiere al valle, y luego sale usted diciendo: *á tu espléndido valle?*

Al *valle del valle?* . . .

Es como si yo le dirigiera á usted una carta, que no se la dirigirá, y le dijera:

¡Oh, Roa, Bárcena! ese tu Roa critica muy mal, porque se distrae y emplea mucho una figura retórica que consiste en decir lo que no es; y ese tu Bárcena también versifica malísimamente . . .

Es lo mismo que dice usted:

“Valle ameno,
A tu *espléndido valle dan corona.*”

Por cierto que también es muy fea esta frase *dan corona*, aplicada á los montes.

Porque ha de entender usted que no es lo mismo *dar corona*, que dar gato por liebre, como hace *La Ilustración Española y Americana* cuan-

do da versos de usted, y de otros como usted, á sus lectores.

Y vamos adelante:

“¿No temes (*suple valle*) que irritadas,
Sin que su enojo aplaquen *largos* siglos,
De los excelsos montes *acotadas*
Que á tu espléndido valle dan corona,
Revuelvan sobre tí, bella matrona,
Cual Ponto airado en el *preciso flujo*,
Y oro y poder con que indolente *acorres* . . .”

Sí; pero antes de que usted se nos escurra por ese laberinto de palabras sin sentido ni coherencia, díganos usted qué es lo que van á revolver las ondas sobre la ciudad ó sobre el valle.

Porque si no quiere usted que revuelvan nada, sino que se revuelvan ellas, ha debido usted decirlo así, con claridad: “Se revuelvan.”

¿Y qué es aquello del *flujo preciso*?

Sigamos:

“Y oro y poder con que indolente *acorres*
A la codicia extraña, al propio *lujo*,
(¡Ya! *Para esto era el flujo*)
Y tus soberbias cúpulas y torres
(*Para esto era el acorres*)
Traguen al fin . . .”

¿Y qué van á tragar esas soberbias cúpulas y torres . . . ¿O van á ser tragadas?

No se le entiende á usted una jota.

Y continúa usted:

"Subamos á la cumbre...."

Bueno; subamos. Pero se va usted á caer, de seguro; porque no tiene usted buena cabeza para encumbrarse demasiado.

"Y cortando los limpios horizontes
En círculo fatal los altos montes
Peldaños de los tronos en que aún reinan
Los de otra edad titanes...."

Los de otra edad titanes ¿eh? En una de fregar cayó caldera, como si dijéramos.

A más de que, ¿cómo ha de ser poesía todo eso de que aún reinan, ni por qué ha de ser fatal el círculo?

Y sigue imperturbable el señor Roa:

"¡Cuán bello panorama
Y cómo en edificios, montes, lagos,
(¡Ay! ¡qué prosaicos son estos estragos!)
Del sol en su zenit brilla la llama!
Mas alza su calor leves vapores
Que en el éter se juntan y condensan,
Ancho y pardo girón formando luego,
(¿Ancho y pardo? será como un talego)
En cuyo seno y desiguales bordos
(¿Vendrá un bando de tordos?)
Brama la tempestad con truenos sordos
(¡Ya! Por eso los bordos fueron bordos)
Y se agitan sus áspides de fuego...."

Y sigue el señor Roa juntando y condensando desatinos más ó menos pardos pero muy anchos, verbigracia:

"La nube, en las alturas vacilante,
Su obscuridad y su extensión acrece....
Y desciende hacia el suelo
Cual de su propio peso ya vencida,
En forma de serpiente cuya cola
Azota el aire negra banderola."

¿Qué negra banderola es esa? ¿Qué hace ahí?
¿Es sujeto ó es complemento? ¿Y de qué verbo?
Porque la que desciende debe de ser la nube, y la que azota el aire debe de ser la cola de la serpiente, aunque también puede ser al revés, que el aire sea el que azote la cola, sin que en ningún caso la quede á la negra banderola papel ninguno que desempeñar ni activo ni pasivo.

Como no sea que azote al aire también, por hacer lo mismo que hará todo aquel que se empeñe en sacar substancia de los versos del señor Roa, *Aerem verberare*, que dijeron los latinos, para simbolizar todos los empeños inútiles.

Y todavía sigue diciendo el señor Roa que

"Llega su boca el monstruo al lago hirviente
Y onda y peces al par agita y sorbe
(Vendrá detrás el orbe)
Se encoge cual sintiéndose pisado
(Prosaísmo marcado)
Y se retuerce amenazando al orbe
(Que ya estaba previsto y anunciado)
Y luego más hinchado
(Que Cánovas después que fué silbado)...."

Después de lo cual continúa el señor Roa con su perpetua falta de oído hablando de unos ríos rotos y de unas "yertas aguas," que ¡cuidado que es gana de poner motes á las aguas, llamarlas yertas! y además *brunas*, en francés, aunque se conoce que es para concertar con lagunas, y por último, nos dice que el valle ameno "*encogiéndose de hombros*" murmura.... etc.... con todo lo demás que se necesita para convencer al lector de lo que ya le dije al principio.

Es á saber: que el señor Roa es un vice-Cañete en toda la extensión de la palabra.

Los amigos del señor Roa Bárcena, es decir, lo que adulándole aspiran á ser introducidos por él en la Academia, han confesado.... ¡qué remedio tenían los pobres?... han confesado que la composición titulada *Las Aguas en el Valle de Méjico*, que analicé en el artículo anterior, no es buena. n

Pero han dicho que eso no prueba que no sea poeta el señor Roa Bárcena.

"La poesía—dice el *Duque Job*—escogida por Valbuena, no con mal tino (¡gracias!) pero sí con mala fe...."

En otro lugar dice el mismo *Job* que he examinado la *única composición* que conocía del señor Roa Bárcena.... Y así es verdad.

Pero si examiné la *única* que conocía ¿cómo la escogí?

De esto se deduce que á este pobre aspirante á académico, lo mismo le da decir una cosa que otra. Al fin discípulo del señor Roa Bárcena.

Pero volvamos al caso:

"La poesía escogida por Valbuena, no con mal tino—dice el supuesto duque—pero sí con mala fe, no es de las que caracterizan la inspiración ni el ingenio del señor Roa Bárcena. Hay algo en ella de postizo, de forzado...."

No se puede confesar con más claridad que es detestable.

Verdad es que no hacía falta la confesión, porque ya lo hemos visto.

Otro *alabardero* del señor Roa, un tal Ignacio Ancona, dice:

"¿Y cómo lo prueba? (que no es poeta el señor Roa). Poniendo de resalto los defectos de una composición poética, *antigua ó no antigua*, de nuestro docto compatriota. Con lo cual sólo demostró el señor Valbuena que la poesía criticada es defectuosa, y *aun muy defectuosa si se quiere*, (sí, señor, y aunque no se quiera); pero de ningún modo que el señor Roa Bárcena sea mal poeta."

Bueno. Ahora no es ocasión de enseñar lógica á este infeliz, ni al otro. Pero conste que ambos reconocen que la *poesía* de *Las Aguas* del señor Roa Bárcena, examinada por mí cuando no le conocía otras, es mala.

¿Será casualidad?

Vióle un andaluz á otro un piojo en la camisa, y le dijo:

—*Compare*, por la pechera le corre á *usté* un bichito.

—¿A ver?—replicó el *compare*, y añadió al convencerse de que era cierto.—*Pue ez una casualidá*, porque mi mujer *ez* muy limpia.

Al poco rato volvió á decir el primero al segundo:

—*Compare*, otro bichito le corre á *usté* por el cuello....

—*Pue ez otra casualidá*—replicó el segundo; —porque le *azeguro* á *usté*, *compare*, que mi mujer *ez* *mu* relimpia.

De allí á otro ratito, el primer andaluz se quedó mirando fijamente á una manga de la camisa del segundo sin decirle nada, hasta que por fin le preguntó éste:

—¿Qué mira *usté*, *compare*, *azí* tan atento?

—*Puez ná*.... que tiene *usté* la *camisa* llena de *cazualidadez*....

Ya verán ustedes cómo tiene también llena de casualidades su camisa poética el señor Roa Bárcena.

Afortunadamente, el señor Roa Bárcena, que diz que es un apreciable tenedor de libros, ó cosa así, de un comercio de Méjico, un dependiente, que lo mismo hace un lío de catorce versos que otro de

catorce mantas; con la sola diferencia de que al primero le suele llamar soneto y al segundo no, aunque de poesía los dos estén iguales.... El señor Roa Bárcena, digo, afortunadamente, no para la literatura, sino para mí, publicó hace unos diez y ocho años un librito muy mono, titulado *Nuevas poesías*.

Y aunque sólo hizo una edición de cien ejemplares para regalar á los amigos, pues ya supuso que el público no había de comprarlos, ¿quién sabe lo que ha podido correr un ejemplar de aquellos?

Por cierto que el libro del señor Roa lleva una lira y un laurel en la portada, y fué muy buen acuerdo ponerle los atributos de la poesía por fuera, ya que por dentro no se había de encontrar de ella ni rastro.

En ese libro de *Nuevas poesías* del señor Roa Bárcena, hay un soneto que se titula *La nueva esposa*....; porque se conoce que al señor Roa Bárcena, como comerciante, le gusta que todo sea nuevo.

Y dice así el señor Roa Bárcena:

“Mirto y rosa y laurel....”

¡Caramba, qué profusión de flores y verduras!....
¡Ni aunque pasara la procesión del Corpus ...

“Mirto y rosa y laurel, *doble* trofeo....”

Perdone usted, señor Roa, pero es *triple*.

Digo, me parece....

Mirto,.... *uno*; rosa,.... *dos*; laurel,.... *tres*.

Sí, justo. Es un trofeo *triple*. ¿Por qué le ha llamado usted *doble*, señor Roa? Vamos á ver....

¿Por qué le ha llamado usted *doble*?

¿Es usted comerciante y no sabe usted más matemáticas?

La mujer de un académico de acá decía una vez ponderando un concierto casero:

—Todo me gustó mucho, mucho; pero lo que más me gustó de todo fué el *dúo de los tres*, que cantaron los últimos.

Es decir:

“Mirto y rosa y laurel, *doble* trofeo....”

Como dice el señor Roa Bárcena.

Pero vamos adelante, á ver qué más cosas se descubren.

“Mirto y rosa y laurel, *doble* trofeo

A tu ingenio y beldad, huella tu planta....”

¡Ah, vamos! El señor Roa llama *doble* al trofeo, porque es trofeo al ingenio y á la beldad de.... de la nueva esposa (suponiendo que el *tú* se dirija á la *nueva esposa*); pero no tiene razón en eso como tampoco en otras muchas cosas, el señor Roa Bárcena.

Y si no, vamos á ver.

Porque el señor Roa sea amigo de *Ipandro*, como efectivamente lo es, por aquello de que, Dios los cría y ellos se juntan en la Academia á echar á perder el idioma; porque sea amigo de *Ipandro* el señor Roa, y sea amigo también de Manolito Gutiérrez Nájera.... ¿hemos de decir que el señor Roa es un *doble* amigo?....

No, señor; evidentemente no. Diremos que el señor Roa es amigo de dos personas, ó hablando con más propiedad, de dos académicos correspondientes, uno de hecho y otro de deseo; pero no que sea un amigo *doble*.

Eso de *doblar* así las cosas se queda para los periódicos noticieros, como nuestra incorregible *Correspondencia*, que suele poner el epígrafe de *doble suicidio* á las noticias de que un cesante se arrojó por el viaducto de la calle de Segovia, y una criada mal correspondida en sus amores, tomó cabezas de cerillas en la calle del Sombrerete.

Quedamos, pues, señor de Roa, en que no es *doble* el trofeo por ser trofeo á dos cosas, sino que, de ser algo partitivo ó numeral, es triple, por estar compuesto de tres ingredientes.

Siga usted.

O que siga la nueva esposa hollando el trofeo.

“Mirto y rosa y laurel, *doble* trofeo

A tu ingenio y beldad, huella tu planta....”

Supongo que no será coja la esposa nueva, sino

que tendrá sanos los dos piés, y que eso de *tu planta* en lugar de *tus plantas*, lo habrá dicho usted, señor Roa, *por amor* del consonante.

Bueno, ya estoy muy acostumbrado á eso de que los poetas académicos hagan á la gente andar con un pie solo ó, como se dice vulgarmente, á pata cojina, así como besar con un solo labio, etc., etc.

Siga el soneto:

“La dicha á coronarte se adelanta,
Risueño su ademán, gentil su arreo....”

¿Pero usted cree, señor Roa, que usa *arreo* la dicha?

No, hombre, no.

Y aunque es verdad que usted necesitaba un consonante á *trofeo*, pudo usted buscarle por otro lado, y no haber puesto *arreo* á la dicha como si fuera una yegua andadora.

Pudo usted, por ejemplo, haber escrito:

“La dicha á coronarte *se adelanta*,”
Con guirnaldas de ortiga y de poleo....

Y estaba mejor.

Aparte de que tampoco es verdad que la dicha *se adelanta* á coronarte, vamos, á coronar á la *nueva esposa*; no.

A lo que *se adelanta* la dicha es á concertar con *tu planta*.

Las cosas se han de decir con franqueza.
Segundo cuarteto.

“Si amanece halagando tu deseo
Fúlgido el sol....”

Que siempre es *fúlgido*; y por consiguiente no se ve la necesidad de consignarlo en un soneto á una *nueva esposa*.

“Si amanece, halagando tu deseo,
Fúlgido el sol, su claridad no es tanta....”

No se sabe del todo lo que usted quiere decir, señor Roa.

Pero traduciendo esos dos versos del académico al castellano, parece que debe de ser, poco más ó menos, lo siguiente:

“Si el sol fúlgido, halagando tu deseo, amanece, su claridad no es tanta....”

¿Es así? Pues bueno. Entienda usted, señor Roa, que no se puede decir con propiedad que *el sol amanece*, por más que sea causa de que amanezca.

Amanecer es rayar el alba y seguir creciendo la claridad hasta la salida del sol.

Pero en el momento en que sale el sol ya no se puede decir que amanece: ya es de día claro.

Por eso nadie dice nunca, más que usted, que *amanece el sol*.

De poner algún nominativo al verbo *amanecer*, ese nominativo ha de ser Dios.

Así se dice, verbigracia, “desde que Dios amanece;” y este mismo nominativo se sobreentiende, cuando no se expresa.

Si hubiera usted estudiado latín, cosa muy necesaria, si no para vender mantas, para conocer bien el castellano, puede que recordara usted aquella regla de la *Syntaxis latina*, vulgarmente *Libro Cuarto de Bravo*, que dice:

"*In is verbis: pluit, ningit, grandinat, tonat, fulminat, coruscat, rorat, lucescit* (amanece, este es el nuestro) *vesperascit, advesperascit, non exprimitur persona agens. . . . in quibus grammaticorum vulgus nominativus DEUS vult subaudiri.*"

No lo sabe usted traducir, ya lo supongo; pero no pregunte usted á Manolito Gutiérrez *Job*, digo, Nájera, que tampoco sabe, de seguro.

También se dice que amanece el día "Amaneció el día veinticinco," verbigracia; aunque en esta frase el día no es propiamente activo. Pero lo que no se dice nunca es que amanece el sol.

Adelante con los faroles.

O con el farol, pues lo menos hay uno.

Y no crean ustedes que es el señor Roa . . . es decir, no crean ustedes que yo me refiero al señor Roa.

Me refiero al sol, que, por capricho ó malevolencia del señor Roa, queda reducido á un farolillo de mala muerte.

Veámoslo:

"Si amanece halagando tu deseo
Fúlgido el sol, su claridad no es tanta

*Como esta en que bañó serena y santa
Tu nuevo hogar la antorcha de himeneo. . . .*"

Convendrán ustedes conmigo en que un sol que tiene menos claridad que una antorcha apagada, no es sol, ni luna, ni apenas farol de retreta.

Y sin embargo, el señor Roa dice que la claridad del sol *fúlgido* no es tanta como la de la antorcha de himeneo, antorcha apagada por el cristianismo hace más de mil ochocientos años.

Lo que vale es que eso, aunque lo diga el señor Roa, no es verdad, sino académico disparate.

¡Ya, ya! Y eso que empezó llamando *fúlgido* al sol . . . con que si no le llama *fúlgido* . . .

¿Que por qué habrá llamado el señor Roa *serena y santa* á la claridad de la antorcha de himeneo, me preguntan ustedes? . . .

No lo sé á fe mía; lo de *serena* no lo sé. Lo de *santa*, sí; *santa* se lo llamó para hacer consonante á *tanta* y á *se adelanta* y á *tu planta*.

Pero tampoco me atreveré á asegurar que sea á la claridad de la antorcha á la que ha llamado el señor Roa *serena y santa*. Quizá se lo haya llamado á la antorcha misma . . .

Vuelvan ustedes á leerlo y verán que lo mismo se pueden referir los dos adjetivos á la claridad que á la antorcha.

Si es que no se refieren á la esposa que huella el trofeo.

¡Ah! Se me olvidaba llamar otra vez la atención de ustedes sobre la afición del señor Roa á lo *nuevo*. *Nuevas poesías*.... *nueva esposa*.... y ahora *nuevo hogar*.... ¡Nuevo todo!....

Menos el numen del señor Roa, que es del siglo pasado.

Es decir, que sería del siglo pasado, si fuera numen.

Los tercetos comienzan con este desgraciadísimo verso:

“Brille en él en feliz perenne día,”

Es imposible hacer una combinación más dura de palabras.

“Brille en él en feliz perenne día,
Y no olvides si amaga su luz *pura*;
Nublar *acaso* tempestad sombría....”

¿Que quién ha de brillar *en él en feliz*, etc.?

Supongo que la mencionada antorcha; y que de ella será la luz *pura* que amaga acaso nublar la tempestad.

Lo que no se sabe todavía es lo que no ha de olvidar la esposa nueva; pero eso será materia del segundo terceto.

“Y no olvides.... etc., etc.

Que contra el *rayo* de la suerte *dura*....”

Ustedes creerían que la suerte, por dura que fuera, no tenía rayos. Pero los malos poetas ponen rayos á cualquier cosa.

“Que contra el rayo de la suerte dura,
Si el escudo del hombre es la energía,
Son tu escudo el amor y la *dulzura*.”

Que me parece que son dos escudos.

Pero “son tus escudos” no encajaba en el verso. Conque, adiós, señor Roa.

Y no dude usted que también es malo aquel otro soneto de usted *A Ipandro Acaico* que comienza: *Este libro te doy*.

Pero muy malo.

“Este libro te doy. Reprima el gesto
Lógico espanto, *pues te lleva indulto*
Coplas añejas ya forman su *bulto*,
Y no estás hoy á su *lectura expuesto*.
Tranquilo quedo yo pensando en esto
A mi vez....”

Y á su vez.... ¿le parece á usted que esto es poesía?....

¡Qué ha de ser, hombre!

Ni eso es poesía, ni es castellano aquello de más arriba de *te lleva indulto*.

Porque no puede decirse que un libro lleve indulto porque *formen su bulto* (¡vaya otra frase!) coplas añejas....

“Y no estás hoy á su *lectura expuesto*.
Tranquilo quedo yo pensando en esto
A mi vez....”

No, señor Roa, no; eso no es poesía, ni siquiera prosa aceptable.

Y no haga usted caso de los elogios de Manolito *Job* ó de cualquiera otra lumbrera por el estilo....

*"Tranquilo quedo yo pensando en esto
A mi vez; que ni escándalo ni insulto
Se expone á ser de tu criterio culto
De mis legumbres rústicas el cesto...."*

¡Hombre! Me gusta esto....

Porque es verdad; aunque tampoco es poesía.
Pero como verdad, sí.

No se le pudo ocurrir á usted cosa mejor que llamar al libro de sus versos....

Cesto de legumbres.... *rústicas*.

Para que aun en esto haya ripio, pues que rústicas son necesariamente todas las legumbres, con tanta necesidad como es el sol fúlgido.

Ya se lo ha dicho á usted con más gracia el señor Zamora Figueroa, y opino como él enteramente.

Mas no crea usted que es mejor aquel otro soneto de usted á D. Casimiro Collado.

¡Qué ha de ser mejor!

Aquel que principia:

"Ante mí, que habité playa desierta...."

Ante mí....

Excelente frase para un notario.

Ya no le faltaba á usted más que acabar diciendo: *Doy fe*.

Y así y todo no le había de creer á usted nadie....

¡Con que, ve usted, señor Roa, cómo tiene usted llena de *casualidades* la camisa literaria?....

